

En el macizo del Mont Blanc

EL PILAR D'ANGLE

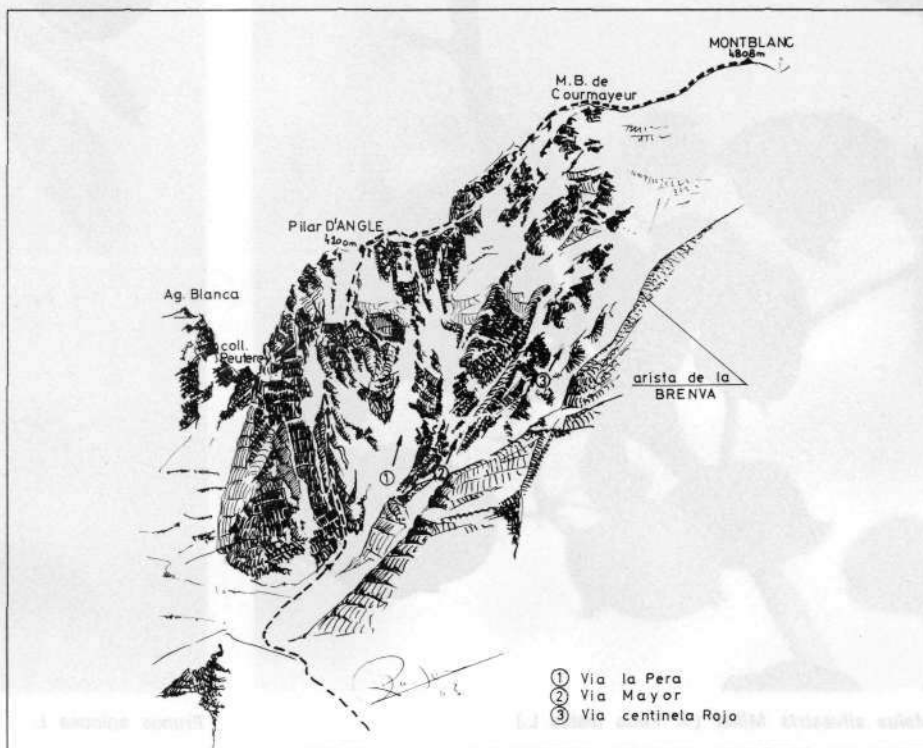
José Luis Zuluaga

Silvio Rodríguez canta «...ojalá pase algo que me borre de pronto...», el coche derrapa, volcamos, un árbol se pone en nuestro camino, un golpe en la cabeza... ¡¡Adiós!!...?//. No. Parece que no ha pasado nada. Toda nuestra comida y nuestro material esparcido por la carretera y la cuneta, el coche hecho una pena. Primer persamiento: ¡se acabó la excursión! Hospital, radiografías, tenemos nuestras cabezas enteras, algunos chinchones pero nada grave. Cambiamos de planes, ya no iremos directamente a Grindelwald, cogemos el tren y nos vamos a Chamonix.

Con nosotros llega el final de un período de quince días de continuo buen tiempo. La perturbación nos coge vivaqueando en el espolón Cruz de las Jorasses; la equivocación de la meteo nos cuesta veintitantos rapeles, una cuerda rota y mucho material, pero por otra parte ha sido una interesante experiencia.

El camping salvaje está prohibido, los gendarmes nos dan la lata constantemente, y en algún momento se pasan un tanto tirando al suelo las tiendas de la gente que está en la montaña. Desaparece material y una tienda, tenemos desagradables incidentes en la comisaría, no admiten una denuncia. Por lo visto en estos terrenos está permitido robar, violar, asesinar... todo menos acampar; apelamos a la ley y el gendarme, rojo de furor, descarga el puño sobre el mostrador diciendo: ¡la ley soy yo! El país no ha cambiado tras las últimas elecciones. Los alpinistas de carteras pobres seguimos siendo vagos y malearantes.

Llueve mucho, arriba nieva, sólo un par de días de buen tiempo salteados permiten hacer alguna ascensión con cantidad de nieve fresca sobre el hielo podrido por los calores de principios de julio.



A VIVAQUEAR AL COL MOORE

Por fin anuncian unos días de buen tiempo y queremos aprovechar para hacer una ascensión de las caras, es decir, cogiendo el teleférico de la aguja del Midi. Nuestro proyecto es ambicioso: encadenar una vía en el pilar d'Angle y el pilar central del Freney. Como somos de los que subimos el saco de dormir, tienda de vivac, mogollón de comida, junto con el material que supone una vía de dificultad en hielo combinada con otra rocosa, nuestras mochilas son auténticos armarios... Estamos acostumbrados; no nos quejamos.

A la puerta del refugio Giglione nos zampamos una gran lata de alubias añadiéndole cebolla como delicatessen; mañana nos gustaría subir como cohetes, como motos con escape libre. El guarda nos dice que hoy se ha hecho la Bonatti-Zape-lli. La pared no parece en buenas condiciones; observamos con los prismáticos y elegimos la vía que más nos atrae a los dos: la «Bouchard». Abierta en el año 75, y en las condiciones en que se encuentra promete ser una dura ascensión.

Como nuestra economía es precaria pasamos del refugio para vivaquear en el collado Moore. Cuando vamos hacia allí,

vemos venir en dirección contraria una cordada de hechos polvo; son ingleses. Nos cuentan que se han retirado de la Cecchine-Nominé, que está muy mal... ¡mosqueo!, pero preferimos ir a verlo con nuestros propios ojos.

El vivac a veinte metros del collado, en la pendiente de nieve sostenido por dos grandes bloques de granito, es un perfecto balcón desde el que mirar nuestra pared. A mí me come el coco, a Kike no sé, y mientras preparamos un té no hago más que observar la montaña: es realmente salvaje esta vertiente del Mont-Blanc. Desconfío de mis fuerzas... bueno, ¡basta ya!, fuera neurias, estoy aquí porque quiero, y estoy bien.

Estamos intentando dormir cuando oímos voces; unas cabezas asoman por el collado. Aún no ha oscurecido del todo y ya empiezan a desfilan cordadas hacia la Brenva. Se alucinan al vernos allí metidos en nuestros sacos, nos preguntan el camino y suben dando voces. A partir de este momento la procesión es casi continua y sólo podemos medio adormilarnos a ratos, pues siempre unos gritos nos acaban despertando. ¡Mecagüen!, me habría gustado dormir un poco, me gusta tanto soñar.

ENROLLADOS EN LAS PLACAS

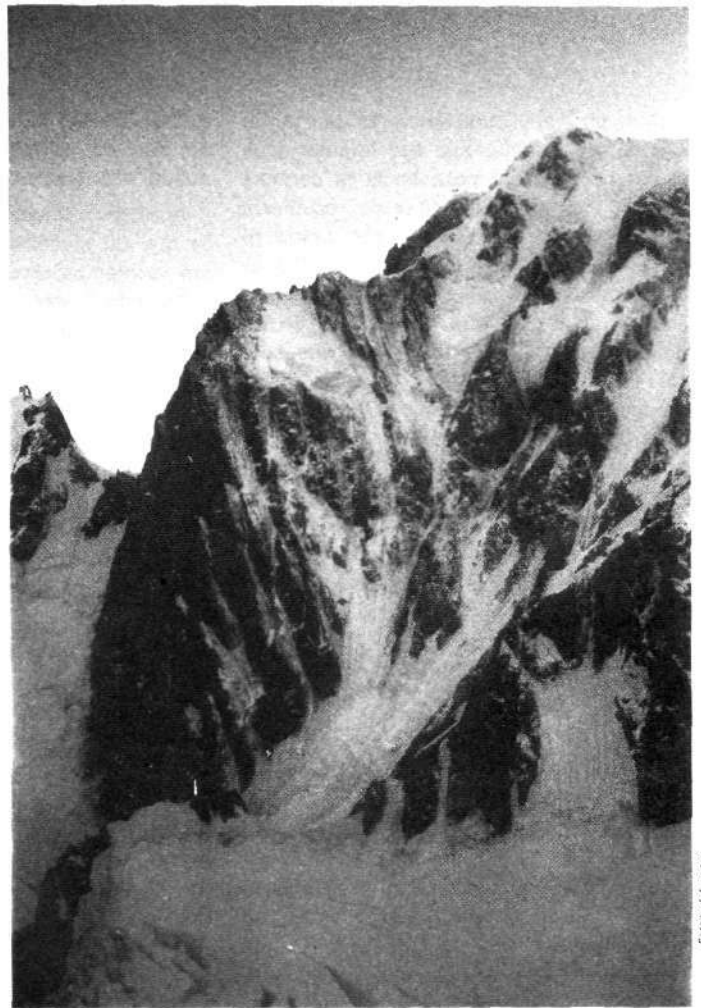
Como siempre en estas ocasiones es Kike quien prepara el té para el desayuno. Mientras comemos se ven unas frontales por la rimaya del Angle justo debajo de los seracs de la Pera, en plena trayectoria de avalanchas, mucho más a la derecha de donde tenemos previsto pasar nosotros; más tarde no las volveremos a ver... misterio. A las dos y media comenzamos a caminar. No hace frío y la luna da suficiente luz para que casi no tengamos que usar las frontales. Pronto estamos buscando el paso entre las grietas y rimayas; salvando pequeños muros llegamos sin problemas a las pendientes iniciales de la pared y tras unos monótonos largos nos metemos en la goulotte por la que se desvía la ruta. En dos o tres largos más llegamos a un punto en el que no se ve muy claro cómo continuar. Metidos en la batalla nos perdemos el espectáculo de la salida del sol... ¡qué pena!

Intento pasar hacia la derecha pero placas de granito cubiertas de nieve fresca, en vez del hielo que habíamos supuesto, me rechazan. Me descuelgo a la reunión, y tras deliberar, hacemos un rapel y vamos a intentarlo por la izquierda. Ahora sube Kike, y contra las apariencias el paso es en hielo muy franco sobre la roca, aunque de gran inclinación. Incluso avanzamos unos metros a la vez para que Kike alcance un buen punto de reunión. Hemos estado a un paso de renunciar, y, ahora vuelve la euforia, la marcha que lo arrolla todo, ahora ya ningún obstáculo nos puede detener; mi estómago vuelve a funcionar.

Un poco a la derecha cogemos unos canales-diedro tapizados de hielo y nieve reciente..., estoy en apuros sobre una placa de nieve poco consistente de unos 15 cm. de espesor encima de la roca, el seguro treinta metros bajo mis pies y unos metros más arriba, en una canal a la izquierda veo un anillo de rapel en un mogote. No sé cómo arreglármelas para llegar allí, pues una placa lisa me separa de esa canal... ¡Zulu, tranquilo! —me digo—, pero mi posición es muy precaria, casi crítica, cuando de repente... se me aparece la Virgen en forma de clavija; me aseguro y un grito me ayuda a descargar la tensión.

El ambiente de la escalada, severo, es a la vez amable regalándonos paisajes de gran belleza. Buscar el mejor camino en este laberinto de hielo, nieve y roca es un ejercicio francamente excitante; en algún momento envidio al que, en solitario, hizo la primera ascensión de esta ruta. De todas formas es maravilloso no tener una reseña que te indique cada metro de la vía.

Vista general del Pilar y la cumbre del Mont Blanc.



Fotos del autor

Los últimos largos.



Las placas de granito con nieve fresca nos van empujando a la izquierda, y por una travesía cogemos una goulotte paralela a la Cecchine! que nos ofrece un buen camino. Después un poco de mixto y una pendiente de hielo uniforme nos conducen al pie del resalte que sostiene el serac suspendido. Mi «chacal» se ha roto, ¡qué fastidio!, aunque después, como justificación a la pérdida del placer

de disfrutarlos, egoístamente pienso que me sirve como excusa para endilgarle a Kike los largos de hielo difíciles. Subimos un largo por la goulette que bordea el espolón por la izquierda; sabemos que en algún momento tenemos que hacer una travesía a la derecha por el espolón rocoso pero no se ve desde aquí muy claro por dónde. Yo pienso que hay que seguir treinta metros todavía por el hielo que se pone vertical y luego atravesar. Allí va Kike. Hacia la mitad, como el hielo es pésimo y no se ve muy clara la salida hacia la derecha, se descuelga de un mogote unos metros y atraviesa hacia la roca. Debe ser muy difícil, pues la cuerda se mueve lentamente. Como los dos estamos un poco sordos tenemos que pegar auténticos berridos para entendernos. Monta la reunión y subo hasta donde se encuentra; la roca mojada y con hielo. Me quito los crampones e intento seguir primero por la derecha. Pequeños desplomes, con la roca helada también, me rechazan. Intento por la izquierda donde la roca está más seca, pero pronto se hace evidente que sólo podría pasar en artificial, muy lentamente, y ahora quiero salir de aquí cuanto antes. Mi prisa nace de mi debilidad.

Con un rapel volvemos al punto de partida en el hielo; hay que intentarlo de nuevo por aquí. El paso hacia la derecha es una vira inclinada de roca recubierta de nieve que se ha de coger desde el muro de hielo vertical. Al final Kike lo resuelve con un seguro cojonudo en el ángulo de la vira que en realidad es un gran bloque de granito; parece que salimos de esta trampa que nos ha hecho perder al menos dos horas. Superando una placa en ligero desplome con muy buenas presas salimos a una vira inclinada de nieve que conduce a lo que puede ser el diedro que marca la reseña. Efectivamente, encontramos una clavija, superamos el pasaje y mediante otro largo con nieve como coliflores adherida a la roca, pero con agarres grandes y favorables, llegamos a las pendientes a la izquierda del serac.

LA SALIDA

Nuestra alegría es tan grande como nuestro cansancio. Muy lentamente, los dos a la vez, vamos remontando el nevero; Kike más fuerte, va delante arrastrando la cuerda helada como un cable. Cuando salimos a la cresta del pilar ya no siento ninguna emoción. Sé que no vamos

a ir al Freney, son las 6 de la tarde y ya no nos da tiempo a subir a vivaquear donde era nuestra intención.

Ante todo comer y beber. En la vertiente que da al collado de Peuterey por fin nos sentamos, comemos, preparamos té, me puedo fumar un cigarro tranquilo. Vemos gente que se prepara para vivaquear en el collado; pensamos que pueden ser unos amigos de Madrid, gritamos sus nombres pero no hay contestación; habría estado bien un encuentro aquí. Kike se desata y se mueve unos metros para ir a cargar, resbala y está a punto de caer; hacemos risas imaginándonos el susto de la gente en sus vivacs del collado. Vuelve la calma.

Ya anocheciendo guardamos la cuerda en la mochila y atados con un cordino comenzamos a remontar la arista de Peuterey hacia el Mont-Blanc. Cuando llegamos a la cresta del Angle yo pensaba que ya no podía más, pero después de comer, beber y fumar, veo que sigo en buena forma. En tres horas recorreremos la arista hasta el Mont-Blanc que alcanzamos a las 12 de la noche: a un lado las luces de Aosta, al otro las de Chamonix, aquí arriba un viento helado que apenas alcan-

za a sostener las toneladas de sueño que me aplastan.

El refugio Vallot está lleno de gente y de mierda; un montón de gente rara pasa la noche aquí: la mayoría van a la normal del Mont-Blanc y no deberían dormir aquí porque este es un refugio de emergencia. Mi cabreo me hace ser muy poco cuidadoso y meto mucho ruido pero me jode no disponer de un hueco en las colchonetas para dormir.

A la mañana siguiente bajamos por los grandes Mulets, tras atravesar la Junction. Las hierbas y las flores me emocionan como si fueran las primeras que veo en mi vida... mi vida que no es nada si no va cogida de la mano de mi muerte.

Ficha Técnica:

Situación: Mont Blanc por la cara N. del Pilar d'Angle y arista de Peuterey.

Vía Bouchard.

Desnivel: 900 m. hasta el Pilar d'Angle y 600 m. más hasta la cumbre del Mont Blanc. Total 1.500 m.

Dificultad: M.D. Sup.

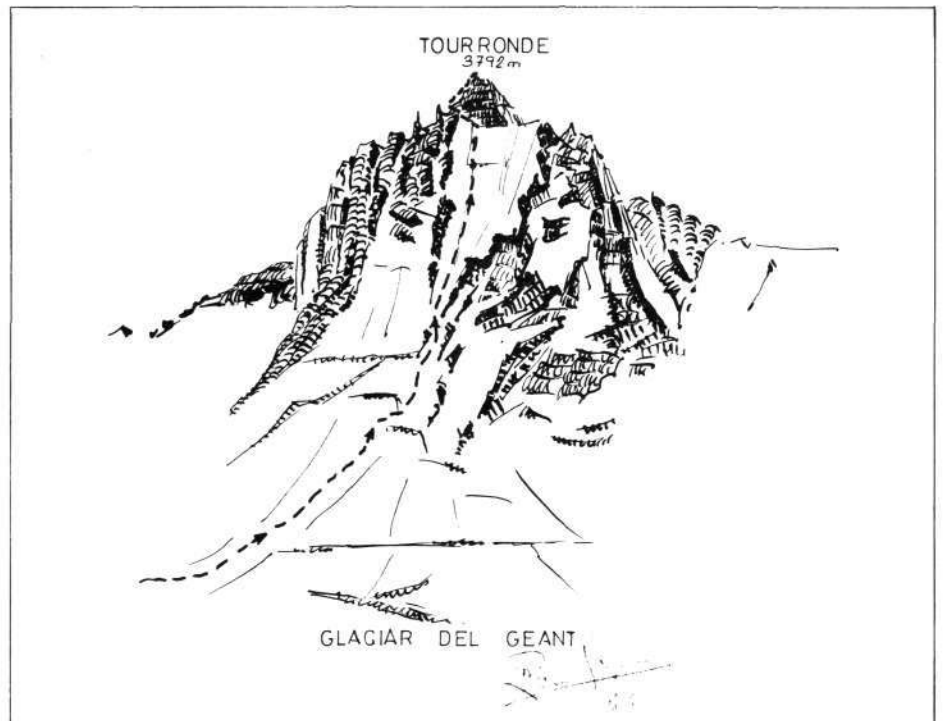
ESCALAR EN SOLITARIO

LA NORTE DE LA TOUR RONDE

Tintxo

Hasta ahora siempre me había preguntado, qué era lo que impulsaba a un alpinista a escalar en solitario. Me llamaba la atención esta forma de entender la montaña, pues siempre pensaba que la montaña se disfrutaba mejor en compañía de unos buenos amigos. También me influían los «miedos» y vacilaciones de ir solo.

Todo esto me llevaba a la conclusión de que yo no practicaría nunca esta forma de hacer montaña, pues pensaba que en caso de apuro no tendría al compañero de turno que me sacara del mismo.



Tras un par de años de no poder realizar las ascensiones que me hubieran gustado, unas veces por no convencer a mis compañeros y otras porque estos no disponían de tiempo libre, me iba planteando la posibilidad de hacerlo en solitario; sin embargo, en el último momento «mis miedos» podían conmigo y me echaban para atrás.

En el último año la idea da vueltas en mi cabeza y me convengo a mí mismo, que si otros lo hacen yo también puedo hacerlo. Este verano voy a Chamonix a realizar un curso de perfeccionamiento en hielo y mi intención es no volver a Donosti sin intentar una ascensión en solitario en dicho medio, por ser donde mejor me desenvuelvo.